

Capítulo 77 - - Finales Violentos - Una Guía Práctica para la Magia [Libros 1-4, Publicados en Julio 3]

- Capítulo 77 - - Finales Violentos - Una Guía Práctica para la Magia [Libros 1-4, Publicados en Julio 3]

Capítulo 77 - - Finales

Violentos - Una Guía Práctica para la Magia [Libros 1-4, Publicados en Julio 3]

Oliver

Día 17 del Mes 1, Domingo, 9:30 p.m.

La puerta de la sala trasera del almacén estaba asegurada y reforzada de manera exhaustiva, tanto que unas pocas conjuros de explosión solo causaron daños mínimos.

Mientras uno de los otros se encargaba del guardaespaldas, Oliver arrastró al Lord Morrow hasta una silla, ató sus brazos y piernas a ella, y luego usó una cuerda pasada por debajo para sujetar también sus extremidades juntas.

Los Morrows que estaban en el techo fueron bajados; aquellos gravemente heridos fueron inmovilizados, aturdidos y se les brindó primeros auxilios básicos antes de que un equipo los llevara a la estación médica más cercana. Mientras tanto, el resto permanecía inconsciente, atado y esperaban ser trasladados a las celdas de detención. Celdas que Oliver había pagado una suma exorbitante por montar con rapidez.

El guardián contratado por la alianza entró cuando estuvieron seguros de que la parte frontal del almacén estaba despejada, y se puso a trabajar en la puerta de la sala trasera. Podrían haber utilizado los augures otra vez, pero temían activar trampas. Además, como este almacén pronto sería propiedad de Oliver, no quería dañar su futuro patrimonio más de lo necesario.

El guardián tomó unos minutos para examinar la puerta mientras los demás revisaban las cajas de mercancía apiladas en el almacén. A simple vista, parecía ser un lugar dedicado legítimamente al procesamiento de mariscos capturados en el Golfo de Cátibdis. Pero algunos de esos mariscos servían como tapadera para otra clase de entregas menos convencionales. Encontraron paquetes con componentes ilegales introducidos en los estómagos de varias criaturas, y montones de componentes restringidos cubiertos con capas gruesas de cosas desagradables, como diminutas babosas marinas apestosas o erizos de mar espinosos. Los trabajadores de Morrow estaban en medio de procesar el envío cuando comenzó el ataque, pero parecía que los objetos más valiosos

ya habían sido sustraídos.

No había artefactos, celerium ni componentes provenientes de los Planos Elementales.

El guardián llamó para llamar la atención de Oliver. “Esto está excepcionalmente bien hecho. Puede que me tome una o dos horas. Si vas con prisa, puedes intentar dominar el ward en lugar de ello, pero al final te resultará mucho más costoso.”

“Así que ahí guardabas todas las cosas interesantes,” susurró Oliver, mirando el pálido cuerpo inconsciente del Lord Morrow. “Sigue trabajando en abrirlo,” dijo en voz más alta. “Veré qué puedo conseguir de él.” De su cinturón de herramientas sacó un pequeño paquete de papel con sales aromáticas mágicamente potenciadas, que había sido “reconvertido” por uno de los alguaciles en la nómina de la Verde Cornada.

Eran dolorosamente potentes—literalmente—y despertaron al Lord Morrow al instante. El hombre retrocedió con sobresalto, con los ojos abiertos y girando como un cerdo atascado mientras asimilaba su situación actual. “¡Nunca saldréis con esto!” bramó con voz ronca. “¡Borraremos a vos y a tu gente de la faz de la tierra por este insulto! Y no pienses que tú, la manada de Pesadillas, podrán escaparse con la suya,” gritó, al notar a un hombre con cuernos rizados y una cola.

La Pesadilla simplemente sonrió de forma burlona.

Con el rostro rojo, el Lord Morrow—que no era un verdadero lord por nacimiento, solo por artificio como líder de una organización lo suficientemente grande para otorgarle ese título—volvió a mirar a Oliver. “Tú...”

"Yo", acepté Oliver, observando al hombre a través de los agujeros en su máscara. Con la oscuridad artificial detrás de esos orificios, Lord Morrow no podría saber nada de mi expresión, pero su satisfacción era evidente en su voz. Esto sólo hizo que el rostro de Lord Morrow se enrojeciera aún más.

Oliver no le había despertado para perder tiempo en monólogos. "Tengo algunas preguntas para ti. Ya respondas o no, vas a morir de todas formas. Pero si tus respuestas resultan útiles, los miembros inocentes de tu familia podrían ser perdonados. No soy un hombre cruel."

Lord Morrow escupió a Oliver, pero la poción de la agilidad aún no había sido completamente absorbida, y Oliver esquivó sin dificultad. "No tienes a mi familia", gruñó, "y las únicas palabras que tengo para ti son maldiciones."

Oliver nunca había creído en el poder de las maldiciones—una maldición pronunciada con la última respiración de una persona ofendida—y, aunque hubiese llegado a creer en ello, Lord Morrow no había vivido la clase de vida que podría justificar un final injusto. "Este mundo no es justo", dijo. "Si recibes lo que mereces, será por casualidad o por esfuerzo agotado. Pero en este caso, Lord Morrow, parece que realmente cosecharás lo que has sembrado."

Se inclinó hacia adelante. “Tengo a tu familia. Atacamos tu hogar primero. Ellos activaron las barreras, y tus guardias intentaron defenderse. Cuando tu esposa comprendió que era inútil, dejó a

los guardias para ganar tiempo, puso las trampas y escapó con los niños. Fueron a la casa segura. La que preparaste para un día como este. La que pensaste que nadie conocía. Mis hombres estaban esperando por ellos, pero no han sido dañados. Mucho."

Lord Morrow rugió y se tensionó contra sus ataduras, intentando escupir nuevamente a Oliver. "¡Los mataré a todos! ¡A todos ustedes!"

Un Pesadilla se lanzó hacia adelante y pateó el costado de Lord Morrow, sacándole el aire de los pulmones.

"No lo harán". Oliver casi se sintió culpable por lo agradable que le resultaba provocar esas reacciones en un hombre a quien tanto despreciaba. "Podrías haber evitado todo esto, sabes. Yo estaba dispuesto a crecer lentamente, pero tú hiciste que eso fuera imposible cuando comenzaste a atacar a mi gente, en mi territorio."

"¿Crees que soy estúpido? Te estabas infiltrando como una comadreja a nuestras espaldas, intentando apoderarte de nuestra fuente de materia prima. ¿Pensaste que no lo notaríamos? ¿Pensaste que lo dejaríamos pasar?"

Oliver sintió una chispa de confusión antes de hacer la conexión. "¿En serio? ¿Porque usé al mismo contrabandista que tú? ¿Es por eso que atacaste?" El incidente en el almacén había ocurrido poco después de su primera reunión con el Capitán Eliezer, pero nunca había relacionado ambos hechos. Eso explicaba aún más que Lord Morrow hubiera advertido a Eliezer para que no volviese a trabajar con él esa noche. "Pero eso no puede ser. Antes de eso nos estuviste hostigando."

Lord Morrow rió. "Esas eran advertencias para que no te volvieras demasiado arrogante. Lo cual no atendiste. No sabes con quién estás jugando, crío. Los Morrow tienen apoyos más fuertes de lo que puedas imaginar. ¿Esa zorra, la supuesta Reina Cuervo? ¡Quiero verla alimentada a los perros!"

No cabía duda de que el hombre se refería a la amenaza literalmente. Había escuchado las historias. Aunque sentía un fuerte impulso de abofetear a Lord Morrow, lo reprimió. "¿La Universidad, verdad?" preguntó. "Son tus respaldos. Bueno, no todos. Solo una facción."

"Si crees que mis contactos simplemente comenzarán a colaborar contigo una vez que me hayas eliminado, piénsalo otra vez", dijo Lord Morrow, con incertidumbre que por primera vez se reflejaba en su voz. "Nunca podrás controlar mi territorio ni mi negocio."

"Basta de esto," dijo Oliver de repente, con impaciencia. No necesitaba al Lord Morrow para obtener detalles sobre su operación y contactos. Contaba con numerosos lugartenientes capturados para eso, y sus ejecutores ya estaban trabajando en despertarlos y interrogarlos. Solo requería que el Lord Morrow le ahorrara tiempo para acceder a la sala trasera protegida. "Necesito la contraseña de esa sala. Si no me la entregas en los próximos diez segundos, ordenaré a mis hombres matar a tu hijo mayor. Si aún te niegas, será tu esposa la siguiente. Luego tus hijos menores, en orden de edad."

En realidad, Oliver no tenía ninguna intención de matar a los niños pequeños. El hijo mayor del Lord Morrow había cometido suficientes delitos como para ser ejecutado de todas formas, y su

esposa estaba implicada en muchos de sus crímenes. Los miembros más jóvenes de la familia serían juzgados por sus acciones y castigados en consecuencia, pero Oliver dudaba mucho que merecieran la muerte.

El Lord Morrow escupió una mueca de desprecio. “Que tú puedas deducir que escaparon a una casa segura no significa nada. No puedes amenazarme con algo que no controlas.”

Oliver no había estado seguro de necesitar la poción de propiocepción de Siobhan, pero había guardado un par de frascos para él mismo, por si acaso. Ahora se daba cuenta de que quizás era el momento perfecto para usarlos. “Pensé que dirías eso,” afirmó. “La prueba está siendo entregada en este mismo instante.” Se dio la vuelta y salió del almacén sin decir más palabras.

En el exterior, su gente vigilaba el edificio para evitar que alguna reserva de los Morrow los atacara de sorpresa.

Oliver entregó dos de las tres pociones de propiocepción grupal a una Guardia Nocturna de ojos amarillos grandes, elegida por ser una shiftera de búho y también por tener un reloj. “Vayan más allá del territorio de los Morrow. Al norte de la mansión de Lord Morrow, en algún lugar donde no puedan ser vistas. En exactamente cinco minutos, rompan una de estas pociones y hagan que las cenizas sean alcanzadas por una bola de fuego. Asegúrense de destruirlo por completo. Esperen otros tres minutos y hagan lo mismo con la otra.”

La mujer lo miró con extrañeza, pero aceptó la tarea, desapareciendo en una esquina oscura para transformarse en privado.

Oliver esperó cuatro minutos, luego volvió con Lord Morrow. Le obligó a tragar la última de las tres pociones.

Lord Morrow, probablemente pensando que era alguna especie de poción de interrogatorio—cosa que en realidad habría sido muy útil tener a mano—intentó vomitarla, pero antes de que pudiera lograrlo, los efectos se hicieron presentes y sus ojos se abrieron de par en par. “¿Qué es esto?”

“¿Lo sientes? Es una poción sencilla que te conecta con otras dos personas. Tu hijo y tu esposa.”

“Mentiras.”

“Puedes sentirlos. Sabes que no miente,” bluffeó Oliver. “¿No percibes el vínculo? Comparten tu sangre. Y si no me entregas la contraseña, compartirás también la sensación de su muerte. La sentirás mientras desaparecen de este mundo.”

Algunos de los ejecutores a su alrededor lanzaron miradas inseguras, probablemente imaginando experimentar algo similar ellos mismos, pero nadie intentó intervenir.

El Lord Morrow miró fijamente la máscara serena y de ojos negros de Oliver y permaneció en silencio.

Tras una mirada despreocupada a su reloj, Oliver levantó la muñeca hasta la boca y dijo: “El hijo. Hazlo.”

Pasaron unos segundos sin que ocurriera nada, y Lord Morrow comenzaba a sonreír. Su expresión fue cortada de raíz, pues su cuerpo entero se convulsionó, sus ojos muy abiertos rodaron hacia atrás en su cabeza.

La mujer debió haber destruido la primera poción vinculada. Oliver no había esperado una reacción tan fuerte.

El Lord Morrow tembló, con el rostro enrojecido y sin aliento por un momento, luego soltó un alarido angustioso.

El sonido lastimó los oídos de Oliver y le hizo estremecerse por dentro.

El hombre atado se desplomó finalmente, jadeando. “¡Mi hijo! ¿Qué has hecho? ¡Mi hijo! Te mataré por esto. Lentamente, en la calle, para que todos lo vean.”

Oliver mantuvo un tono neutral. “Tu esposa es la próxima. ¿La contraseña?”

El Lord Morrow le lanzó una mirada furiosa, apretando los dientes durante unos treinta segundos, pero en cuanto Oliver intentó levantar su muñeca para llevarla a la boca, parecía que la rabia del hombre se apagaba por fin. “Es una contraseña verbal de dos partes, y solo tengo una. ¡Pero no importa!” añadió rápidamente, viendo a Oliver levantar el brazo de nuevo. “La barrera también está vinculada a mi cuerpo. Puedo atravesarla sin problemas. Si solo me acompañas hasta la puerta, se abrirá bajo mi toque, sin necesidad de contraseña. Pero debes prometerme que el resto de mi familia estará a salvo.”

“Mientras cooperen, estarán a salvo hasta que sean juzgados por sus crímenes. El resultado dependerá de ellos.”

El Lord Morrow asintió rápidamente.

Los ojos de Oliver se estrecharon, pero aún ordenó a dos de sus hombres que desataran los brazos de Lord Morrow de la silla, manteniendo sus tobillos atados entre sí para que no intentara huir. Oliver sujetó firmemente el brazo izquierdo de Lord Morrow, con la mirada fija en su rostro mientras el hombre alcanzaba el pomo.

El pomo giró.

Lord Morrow se lanzó hacia adelante, sin importarle impactar contra la puerta y caer al otro lado, arrastrando a Oliver con él a través de la barrera.

La barrera permaneció firmemente en su lugar detrás de ellos, impidiendo que el resto de los hombres de Oliver entrara o acudiera en su ayuda.

Lord Morrow lo miró con sorpresa, observando la barrera intacta. “¡Pero eso es imposible!” Claramente, asumía que la barrera, vinculada físicamente a él, impediría la entrada de Oliver. Si fuera otra persona, quizás sería así.

Oliver había caído sobre el brazo que sostenía su varita de combate, y antes de poder liberarla para atacar, Lord Morrow se retrajo y se lanzó sobre él.

Oliver enredó su pierna alrededor de las aún atadas de Lord Morrow y continuó rodando hasta quedar encima del hombre mucho más corpulento. “Siempre hay excepciones a toda regla.”

Lord Morrow agarró la muñeca que sostenía la varita de Oliver, aprisionándola hasta que Oliver no pudo evitar soltarla.

Le dio un golpe en la cara a Lord Morrow con la mano que llevaba el anillo-artificio, pero aparentemente solo le quedaba una carga, y no ocurrió nada.

La mano libre de Lord Morrow buscó la cara de Oliver, sus dedos hundiéndose en los orificios sombreados de su máscara.

Oliver retrocedió de un tirón, y la máscara se desgarró de su piel, llevándose consigo los restos de su piel de corteza, que se desvanecía lentamente.

Con ambas manos de Lord Morrow momentáneamente ocupadas, Oliver alcanzó su cinturón de utilidad, buscando frenéticamente algo, cualquier cosa.

Lord Morrow arrojó a un lado la máscara de Oliver, sonriéndole de manera salvaje, y luego se acercó al cuello de Oliver, con una sola mano suficientemente grande para rodearlo. La apretó y saltó hacia arriba intentando atraparlo otra vez debajo de él. “Solo existe un pecado, y es la debilidad,” gruñó.

Los dedos de Oliver cerraron sobre un frasco de poción, y sin detenerse a revisar su contenido, lo levantó y lo estrelló contra la cara de Lord Morrow.

La piedra líquida se derramó, desplazándose rápidamente, cubriendo con un manto de líquido semejante a un vaso de maná los rostros de Oliver y Lord Morrow, quienes quedaron marcados por los vidrios rotos que los herían a ambos.

Se expandió velozmente, acumulándose y vertiéndose sobre el rostro de Lord Morrow. La poción de piedra líquida no fue concebida como arma, y el contacto con carne viva inhibía deliberadamente el proceso de conversión, con el fin de que los trabajadores que la manipularan no se encajaran accidentalmente en piedra si se rompía la vials. Sin embargo, al dirigirse directamente a la cara, su expansión sería suficiente para acabar con un hombre.

El hombre escupió, retirando las manos para limpiar la sustancia que se endurecía rápidamente.

Oliver intentó sujetar los brazos del gran hombre, pero su fuerza era inferior a la de Lord Morrow.

No obstante, con el otro hombre distraído, no había nada que impidiera que Oliver dirigiera su atención hacia la varita, la cual tomó, desprendiendo grandes trozos de piedra endurecida de sus dedos para poder sujetarla.

Con la varita en la mano, se mantuvo erguido, mirando al hombre que temblaba y buscaba desesperadamente una salida, quien apenas había evitado morir asfixiado por la piedra líquida. Lord Morrow no era un tonto, y aunque ambos ojos le estaban cubiertos de barro y tosía arena, sabía que había perdido ventaja.

“¡Espera, espera!” gritó, mientras se retorció intentando alcanzar la cuerda que aún ataba sus piernas. No sirvió de nada. Su cabeza y torso estaban atrapados en la sustancia endurecida, pegados al suelo.

Oliver le disparó. A pesar de la lucha, su varita seguía apuntada, preparada con un hechizo de aturdimiento.

Lord Morrow cayó desplomado.

Con frialdad, Oliver ajustó los parámetros de su varita de combate, acercándose un poco más para poder apuntar con mayor precisión, temblando en su mano. “Si no hay fuerza que extraer de la esperanza, extraeré resolución de la desesperación,” susurró, parafraseando una frase que recordaba de una historia de cama que su hermana le había contado cuando era niño.

El siguiente hechizo atravesó la garganta de Lord Morrow, separando su cabeza del cuerpo y dejando una marca en la piedra de líquido endurecida que lo envolvía.

La sangre brotó con fuerza, primero en un torrente pulsante y luego disminuyendo rápidamente.

Se acumularon en los zapatos de Oliver, cubriendo sus laterales y suelas.

Oliver dio un paso atrás, dejando que su sonrisa astuta se transformara en una expresión de disgusto. “Tantas veces ensucias todo lo que tocas,” musitó. “Qué desperdicio.”

Por fin, pudo mirar alrededor. La barrera seguía en su lugar sobre la puerta abierta, y los hombres que le lanzaban hechizos, intentando abrirse paso para socorrerlo, habían quedado en silencio. Uno de ellos había colocado un augur en la entrada, probablemente considerando que el riesgo de activar trampas valía la pena con su vida en juego, y ahora giraba en el aire vacío, hundiéndose en la barrera. Oliver suspiró y les indicó que se retiraran.

Mientras esperaba a que la barrera fuera derrotada de forma más segura, Oliver volvió a mirar el resto de la habitación, atravesando el cuerpo de Lord Morrow y el charco de sangre que aún burbujeaba en el frío ambiente. Distraídamente, desprendió las piedras endurecidas de su ropa y piel.

Estantes llenos de cajas estaban alineados contra las paredes, con algunas mesas en el centro de la estancia. Tres puertas de hierro con bisagras estaban asentadas en el suelo debajo de las mesas, ocultas pero no invisibles. Oliver las inspeccionó primero, consciente de que no quería

sobrevivir a más sorpresas en esa noche.

Las compuertas estaban cerradas con llave, y cuando utilizó su varita de combate para romper los candados y abrirlas, descubrió que la barrera que rodeaba la habitación también las bloqueaba. Sin embargo, no impedía que su vista se adentrara en los túneles descendientes. Tener sótano en Gilbratha era poco común, debido a que el nivel freático era alto, y se requería magia para mantener seco un espacio subterráneo.

Estos túneles habrían sido costosos, pero aún más valiosos por lo inesperados que eran. Sin duda, informaría a su gente para buscar en cualquier otra propiedad anterior de los Morrow, en busca de añadidos similares.

Después de cerrar las escotillas, se acercó para colocar algunas de las cajas en los estantes por encima de ellas. Esto retrasaría a cualquiera que intentara entrar en la habitación desde abajo. Pero nunca llegó a hacerlo, pues casi soltó la primera caja al cogerla de sorpresa.

Estaba llena de núcleos de bestia. Cientos de núcleos, variados en tamaño y color. Suficientes para alimentar todos los hechizos de un taumaturgo durante toda su larga vida.

Dejó esa caja y se dirigió a la siguiente. Era igual.

Unos minutos de investigación frenética revelaron que aproximadamente una cuarta parte de todos los objetos en la habitación eran núcleos de bestia. Incluso sin los recientes aumentos de precio provocados por las restricciones de importación de la Corona, la habitación contenía el equivalente a doscientos mil oro, solo con una estimación rápida. Quizá más, si había algunos de una calidad especialmente fina. Si se vendieran, estos núcleos podrían financiar el refugio del Ciervo Verde durante un año o más, incluso con su territorio ampliado. Era más que su propia herencia y sus inversiones personales en cinco años. Y la mayoría de las cajas estaban etiquetadas con la misma dirección de envío incomprensible, una cadena de letras y números. Oliver no podía descifrarla, pero no necesitaba hacerlo. Ya sabía con quién estaban trabajando los Morrow.

La Universidad estaba almacenando secretamente una cantidad exorbitante de núcleos de bestia, además de otros componentes restringidos y poderosos que de otro modo habrían sido gravados y rastreados.

Pero, ¿por qué?

Miró a su alrededor otra vez, luego tomó uno de los núcleos de bestia. Había oído que los taumaturgos podían, de alguna manera, percibir la energía de un núcleo en su interior, pero para él solo parecía una piedra bonita. Lo movió, contemplando sus profundidades cristalinas y coloreadas. “Los núcleos de bestia, y el libro. Están preparando algo,” susurró.